

Una nueva manera de vivir

por **Steven Nadler**

Spinoza abandonó la comodidad del negocio familiar para dedicarse a la filosofía. Al rechazar los valores del éxito material y social, se empeñó en encontrar un modo de felicidad que no dependiera de las circunstancias.

Spinoza postula un orden natural eterno, infinito, necesario, determinístico y carente de sentido. En ese orden ¿hay alguna manera de florecer para seres finitos y mortales como nosotros, sujetos a las hondas y flechas de la ultrajante fortuna? Cuando no hay un Dios sabio, justo y providencial dirigiendo las cosas hacia algún fin, cuando todo es gobernado por una necesidad inviolable, semejante a una ley, y nada podría haber sido diferente, ¿podemos, a pesar de ello, esperar alcanzar, con nuestros propios recursos y esfuerzo, una vida de bienestar, incluso de “bienaventuranza” y “salvación”?

Esa es precisamente la pregunta que condujo a Spinoza, alrededor del tiempo de su *berem* (proscripción o excomunión) de la comunidad judía-portuguesa de Ámsterdam, a abandonar su vida de comerciante y comenzar a investigar la más profunda e importante de las indagaciones morales: ¿qué es la felicidad humana y cómo es posible alcanzarla?

Una gran parte de la vida de Spinoza está envuelta en misterio. Nació en Ámsterdam el 24 de noviembre de 1632, hijo de los inmigrantes portugueses Miguel d’Espinoza y su segunda esposa, Hanna Deborah. Miguel y Hanna venían ambos de familias de “conversos” —católicos en apariencia cuyos ancestros judíos habían sido convertidos a la fuerza— y regresaron a la práctica abierta del judaísmo solamente tras llegar al ambiente generalmente tolerante de la República holandesa. Miguel era un comerciante y la familia, relativamente próspera, era prominente entre los sefarditas de Ámsterdam. Spinoza y sus hermanos asistían a la escuela de la comunidad judía y ayudaban en el negocio de su padre.

En general, sin embargo, sabemos realmente poco de la juventud y edad adulta temprana de Spinoza —incluyendo las razones detrás del *berem*, más allá de lo que el documento de la proscripción llama “herejías abominables y hechos monstruosos”— y apenas poco más de los años de su madurez antes de su muerte prematura el 21 de febrero de 1677. Cuando murió, el círculo de amigos responsables de compilar ediciones latinas y holandesas de sus escritos inéditos decidió aparentemente destruir toda la correspondencia de naturaleza personal, privando así a las generaciones futuras de cualquier atisbo que esas cartas pudieran haber contenido acerca de su vida y sus pensamientos sobre asuntos no filosóficos.

Y, sin embargo, lo que generalmente se considera el primerísimo escrito que tenemos de Spinoza comienza con una poco usual narración autobiográfica. Por un breve momento, somos testigos de cómo Spinoza reflexiona sobre la trayectoria de su vida en los primeros párrafos del inacabado *Tratado de la reforma del entendimiento*, el cual probablemente comenzó hacia 1658, apenas un par de años después de su excomunión.

Después que la experiencia me había enseñado que todas las cosas que suceden con frecuencia en la vida ordinaria son vanas y fútiles, como veía que todas aquellas que eran para mí causa y objeto de temor no contenían en sí mismas ni bien ni mal alguno a no ser en cuanto que mi ánimo era afectado por ellas, me decidí, finalmente, a investigar si existía algo que fuera un bien verdadero y capaz de comunicarse, y de tal naturaleza que, por sí solo, rechazados todos los demás, afectara al ánimo; más aún, si existiría algo que, hallado y poseído, me hiciera gozar eternamente de una alegría continua y suprema.

Antes del *berem*, que tuvo lugar en el verano de 1656, Spinoza y su hermano Gabriel dirigían el negocio de importaciones que heredaron de su padre tras su muerte. A pesar de que el negocio, lastrado por una deuda importante, no era ciertamente una gran fuente de “honor y riqueza”, el tren de vida que le proporcionaba a Spinoza era suficiente para hacerlo dudar de renunciar a él “si quería dedicarme seriamente a una nueva tarea”. Aunque sentía cierta insatisfacción con la vida que estaba llevando, “parecía imprudente querer dejar una cosa cierta por otra todavía incierta”. Al mismo tiempo, percibió que la “suprema felicidad” residía fuera de la vida mercantil, con sus altas y bajas frecuentemente incontrolables y sus recompensas imperfectas y fugaces, y le preocupaba perder la oportunidad de alcanzar el bien superior.

Lo que es más frecuente en la vida y, por lo que puede colegirse de sus obras, lo que los hombres consideran como el sumo bien, se reduce a estas tres cosas: las riquezas, el honor y el placer. Tanto distraen estas tres cosas la mente humana, que le resulta totalmente imposible pensar en ningún otro bien.

Por lo que respecta al placer, el ánimo queda tan absorbido como si descansara en el goce de un bien, lo cual le impide totalmente pensar en otra cosa. Pero tras ese goce viene

una gran tristeza que, aunque no impide pensar, perturba, sin embargo, y embota la mente. La búsqueda de los honores y de las riquezas distrae también, y no poco, la mente, sobre todo cuando se los busca por sí mismos, ya que entonces se los considera como el sumo bien.

Como muchos pensadores antes que él, el joven Spinoza se dio cuenta de que los supuestos beneficios del éxito material y social tienden a ser efímeros e impredecibles. Más aún, están invariablemente acompañados de una variedad de males, incluyendo la ansiedad, la envidia y el deseo frustrado. En busca de una fuente más perdurable de satisfacción, concluyó que ya era tiempo “de embarcarse en una nueva manera de vivir”. A pesar del riesgo y la incertidumbre que significaría, estaba convencido de que hacerlo así era lo mejor para él. “Abandonaría un bien incierto por su propia naturaleza [...] por otro bien incierto, pero no por su naturaleza (pues yo buscaba un bien estable), sino tan solo en cuanto a su consecución.” De hecho, razonó, “dejaría males ciertos por un bien cierto”. Fue así que renunció a una vida convencional guiada por valores mundanos y entregada a la búsqueda de bienes transitorios, por la vida de la filosofía y la búsqueda del “sumo bien”: la felicidad suprema.

Lo que revela Spinoza en estas líneas iniciales de su obra más temprana es que su proyecto intelectual era, desde el inicio, fundamental y esencialmente una filosofía moral en el sentido más amplio del término.

El tema de la filosofía moral clásica era alcanzar el bienestar personal. Para filósofos antiguos como Sócrates, Platón y Aristóteles, lo mismo que para los cínicos, escépticos y estoicos, el interés de la ética versaba ante todo en cómo un ser humano ha de llevar una buena vida. Su tratamiento de la virtud se encaminaba a revelar cómo podría uno lograr la eudemonía, traducida frecuentemente como “floreCIMIENTO” o “felicidad” (en el entendido de que semejante vida incluía también tratar a los otros seres humanos de manera considerada). Para los filósofos medievales de la tradición cristiana y los pensadores que escribían en hebreo y árabe en las tradiciones judía y musulmana, el objetivo era casi semejante, aunque se entendía ahora como bienaventuranza y salvación en un contexto que incluía un Dios providencial. (Como lo formulan algunos estudiosos, las éticas antiguas y medievales son más “egocéntricas” que las concepciones modernas: más enfocadas en “lo bueno” que en lo “correcto”).

Spinoza encaja bien en esta amplia tradición eudemonista. Ciertamente es tentador, al leer a Spinoza, concentrarse en su presentación asombrosamente “herética” de Dios y la naturaleza en la *Ética*, lo mismo que en su rechazo de los milagros y la autoría divina de la Biblia y en su crítica inmisericorde de lo que comúnmente se considera la religión en el *Tratado teológico-político*, que suscitó gran alarma al momento de su publicación en 1670. Después de todo, fueron estas ideas audaces y radicales las que escandalizaron tanto a sus contemporáneos,

y han sido el foco de la atención académica y popular durante siglos. Sin embargo, la meta primordial de la filosofía de Spinoza —a la que sirven sus teorías metafísicas, epistemológicas, políticas, teológicas y religiosas— es nada menos que demostrar el camino al verdadero bienestar, a un modo de felicidad humana que es estable, completo y no sujeto a los caprichos de la suerte. La pregunta que, por encima de todo lo demás, lo condujo en primer lugar a abandonar la aparente seguridad del negocio familiar —e igualmente importante, un lugar cómodo en su comunidad— y a dedicarse a la filosofía era una pregunta muy antigua: ¿qué es la buena vida?

Lo que descubrió Spinoza, y lo que quiere que sepamos, es que existe una particular manera de vivir que significa un tipo de perfección de nuestra naturaleza humana. Es de hecho un estado que constituye un verdadero florecimiento humano, e incluso nos asemeja de algún modo a Dios o a la naturaleza misma.

Si hay un objeto que recorre y unifica los escritos de Spinoza es la libertad. El *Tratado teológico-político* tiene por tema la libertad de pensamiento y de expresión —una libertad personal, cívica y religiosa por la cual ni los poderes fácticos políticos ni los eclesiásticos podrán interferir con la “libertad para filosofar” de cada quien—. El tratado concluye, de hecho, con lo que es posiblemente la declaración de tolerancia más notable del periodo moderno temprano:

Nada hay más seguro para el Estado que encerrar la religión y la piedad en el solo ejercicio de la caridad y la justicia, y limitar el derecho de los poderes soberanos, tanto en las cosas sagradas como en las profanas, a los actos únicamente; por lo demás concédase a cada uno, no solo libertad de pensar como quiera, sino también de decir cómo piensa.

La *Ética* se ocupa de un tipo de libertad relacionada pero diferente: no tanto la libertad de pensar o decir lo que uno quiera, sino más bien la libertad que consiste en ser un agente activo y autogobernado. Uno puede vivir a merced de las circunstancias, buscando y evitando precipitadamente cosas cuyas idas y venidas están por completo fuera de su control. La persona libre, en contraste, tiene control de su vida. *Actúa* en vez de reaccionar. Ciertamente hará lo que desea, pero lo que desea —y por ende su comportamiento— está guiado desde adentro, por el conocimiento y no por la imaginación, el sentimiento o las impresiones. La persona libre es guiada por la razón, no por la pasión. La vida de la persona libre, en suma, es el modelo de vida para un ser humano. —

Traducción de Andrea Martínez Baracs.
Fragmento de Think least of death.

Spinoza on how to live and how to die.
Copyright © 2020 Princeton University Press.

Reproducido con autorización.

STEVEN NADLER es filósofo, profesor de estudios judíos en la Universidad de Wisconsin-Madison.